

Presentación *Palacio Quemado*

El día que conocí a Evo Morales él pensó que yo trabajaba para la CIA.

Fue una mañana de agosto de 1995 en un aula de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Yo había empezado la carrera de Sociología y tenía un cargo de corresponsal del diario paceño *Hoy*. Por cada artículo que mandaba desde Buenos Aires recibía 50 dólares estadounidenses que valían 50 pesos argentinos. Escribí sobre los migrantes bolivianos en el país, sobre los futbolistas bolivianos en el país, sobre la primera visita de los Rolling Stones a la Argentina; hice entrevistas a Los Enanitos Verdes por su hit “Lamento Boliviano” y a otros artistas, redacté artículos sobre política argentina y todo lo noticiable para el matutino *Hoy*.

Yo tenía 19 años y anhelaba trabajar de periodista toda la vida.

Evo tenía 34 años, era dirigente sindical y había viajado a la ciudad de Buenos Aires por primera vez en su vida para participar en un seminario de la revista *América Libre*.

En Bolivia el gobierno había decretado el estado de sitio, y los sindicatos cocaleros, que él todavía no lideraba, cortaban las rutas del Chapare, la selva subtropical donde estaban los cultivos de coca del departamento de Cochabamba. En esa entrevista Evo contó que pretendía casarse en los cicales bendecido por un cura tercermundista, y advirtió que los sindicatos chapareños podrían armarse para detener la erradicación de cultivos que impulsaba Estados Unidos en la ofensiva de su Guerra contra las Drogas. Había pasado un año y medio del alzamiento zapatista en el estado mexicano de Chiapas.

Durante sus siguientes dos días tomamos **el colectivo 132** para conocer el Centro de lo que llamábamos Capital Federal, caminamos por calles y avenidas, comimos pizza y continuamos la charla. Cuando se quedó sin plata –no había celulares y se había gastado sus viáticos en locutorios para seguir por teléfono el conflicto en el trópico de Cochabamba- me pidió que le consiguiera libros sobre el alzamiento zapatista exhibidos en los stands del seminario. Nos despedimos con un bolivianismo que adopté con el tiempo:

-No te pierdas.

Durante la siguiente década Bolivia se convirtió en algo así como mi segunda vida, si es que eso pudiera existir.

Yo viajaba dos o tres veces por año para hacer entrevistas, visitar archivos, hemerotecas y bibliotecas para los primeros libros que publiqué. Los personajes centrales fueron sobre dos militares bolivianos: un general cochabambino de izquierda,

el presidente Juan José Torres, y un general cruceño de derecha, Hugo Banzer, que lo derrocó en 1971 y mandó a matar en 1976 cuando estaba exiliado en Buenos Aires. *El asesinato de Juan José Torres*, el primer libro, nació de un conjunto de notas que redacté para el diario *Hoy*. Su dueño, Samuel Doria Medina, empresario cementero y luego varias veces candidato presidencial o padrino de candidaturas, decidió no publicar las notas sobre ese magnicidio por su alianza política con Banzer.

El libro se presentó la semana de agosto de 1997 en la que Banzer se convirtió en el primer ex dictador latinoamericano de la década de 1970 en volver a la presidencia esta vez por las urnas, como candidato de su partido Acción Democrática Nacionalista (ADN). Un año más tarde, el juez español Baltasar Garzón ordenó la detención en Londres del dictador chileno Augusto Pinochet, activando su jurisdicción extraterritorial en materia de crímenes de lesa humanidad. Investigaba esos crímenes en el marco del Plan Cóndor, la asociación militar y de inteligencia de las dictaduras del Cono Sur para reprimir a la oposición política armada, y secuestrar y matar personas. Se abría la posibilidad de investigar delitos de Banzer por los cuales nunca antes había sido procesado.

En la mañana del 26 de noviembre de 1998 Garzón me tomó declaración en su despacho de la calle Génova de Madrid y luego dieron su testimonio familiares de asesinados o desaparecidos durante el llamado Banzerato (1971-1978). Pude aportar documentos y cintas inéditas que confirmaban lo evidente y lo que Banzer había negado hasta entonces: su participación en el Plan Cóndor. La pesquisa judicial de Garzón tuvo alto impacto en Bolivia. En una insólita conferencia de prensa el Presidente me señaló: “Está perturbando el proceso democrático en Bolivia”. Le contesté en una carta pública donde sintetizaba las evidencias en su contra: “La justicia llega tarde, pero llega. Le pese a quien le pese”. Esa carta pertenece a un género del que ahora abomino: el de periodistas que establecen conversaciones de pares, de igual a igual, con jefes de Estado.

Ya estaba embarcando en escribir la biografía no autorizada de Banzer. Lo había decidido la mañana en que presencié desde uno de los balcones de la Cámara de Diputados de La Paz su jura como presidente constitucional. Me tomó cuatro años. Para contrarrestarla los banzeristas encargaron la biografía autorizada a Alfonso Crespo: *Banzer, el destino de un soldado*. El 24 de marzo de 1999 intenté cubrir la presentación de este libro oficial en el moderno Hotel Radisson de La Paz, propiedad de la secta Moon. El jefe de custodia de Banzer me impidió ingresar al evento, para el cual yo estaba debidamente acreditado como redactor de la revista en la que trabajaba.

-Usted no puede pasar porque va a arruinar el acto -dijo.

Me llevó a un salón contiguo para hacerme preguntas: ¿cuándo llegó?, ¿dónde está viviendo?, ¿qué quiere? Me negué a contestar el cuestionario extra judicial y cuando le pregunté las razones volvió a sorprenderme:

-¿Vio lo que pasó en Paraguay?

El día anterior, en Asunción, un grupo de sicarios de otra facción del gobernante Partido Colorado había asesinado en la calle a José María Argaña, vicepresidente de la República.

Indicó que dos de sus hombres me escoltaron hasta la salida del Hotel por el ascensor de servicio. Un tercero, sin ningún disimulo, sacó fotos con una vieja máquina con flash. Caminé indignado hasta la casa del editor de mi biografía no-autorizada y gran amigo de todos estos años, José Antonio Quiroga. Después de contarle lo sucedido llamé al por entonces jefe de Redacción de uno de los diarios de La Paz para arreglar los detalles de la cena que habíamos acordado. Me dijo que debíamos suspenderla:

-Hubo un atentado contra Banzer en el Radisson y me quedaré hasta el cierre.

Se me paralizó el corazón. Recordé el cuestionario, la invitación a retirarme, la comparación con el asesinato de Argaña, el fotógrafo. Le conté lo que había pasado y me pidió que me quedara donde estaba, que iba a hablar con dos personas muy próximas a Banzer.

A los 10 minutos llamó.

- Eres el principal sospechoso -me dijeron-. Tienes que aislarte en una embajada o ir a la Embajada argentina. Son delirantes y te odian: son capaces de detenerte.

Esa noche llamé a Evo Morales, que entonces era diputado nacional, y a Roberto Moscoso, presidente de la Comisión de Derechos Humanos del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario). Ambos me aconsejaron que fuera a la embajada argentina a primera hora de la mañana a informar de la situación.

-Tranquilo, hermanito- me calmó Evo. Con las Federaciones del Trópico no te vamos a dejar solo.

Pasé la noche en vela y redacté una suerte de informe en el que contaba todos los sucesos de la noche anterior. El funcionario de la Embajada argentina me dijo que su embajadora, Zelmira Mireya Emerise Regazzoli, hablaría con el canciller de Banzer y me dio las garantías del caso para seguir trabajando los cinco días que me quedaban hasta el vuelo de regreso a Buenos Aires. Compré los diarios al salir. “Pequeña bomba explotó cerca del Presidente Banzer”, tituló *La Prensa*. El explosivo se detonó a 300 metros del Radisson y el gobierno boliviano dijo que también encontraron cartuchos de dinamita en uno de los baños del hotel. “Fue el chiste de alguna persona destinado a

empañar el acto de presentación del libro”, declaró Guido Nayar, el ministro de Gobierno.

Los chistes siguieron. Como en una película de espías clase B o C, dos personas y una camioneta empezaron a acompañarme durante esos cinco días finales. O disimulaban mal o quisieron que yo supiera.

Con 23 años fue la primera y tal vez la única vez que tuve miedo por mi trabajo de periodista. Pensé que podía pasar una temporada en Chonchocoro, una cárcel a casi 4 mil metros a nivel del mal. Imaginé, también, cosas peores. Pero mi fijación con Banzer que ocupó cada día durante siete años de mi vida pudo más que cualquier cosa.

En agosto de 2000 viajé a La Paz y Santa Cruz por un mes para terminar la investigación del libro. En La Paz me alojaba en zona Sur, en la casa de Rodrigo Quiroga, hijo de Marcelo Quiroga Santa Cruz, el diputado socialista que en la legislatura de 1979 impulsó el juicio de responsabilidades contra Banzer por sus siete años de dictadura. Por esa razón murió asesinado en julio de 1980, cuando el general Luis García Mesa derrocó a la presidenta Lidia Gueiler en un golpe de Estado apoyado por las Fuerzas Armadas, la dictadura argentina y el narco. La familia Quiroga me dio acceso a una habitación llena de documentos inéditos, materia prima para el juicio de responsabilidades y para el libro.

En una idea quizás romantizada o novelesca del periodismo creía que mi misión en vida era escribir sobre Banzer, sobre sus crímenes y sobre sus venalidades. Imaginaba diálogos con el Presidente y soñaba con él muy a menudo. Pude hablar con Banzer por única vez en el cocktail celebratorio de la asunción de su par argentino Fernando De La Rúa el 10 de diciembre de 1999.

-Presidente, hace tres años que pido una entrevista con usted-le dije después de abordarlo en uno de los salones del Teatro Colón de Buenos Aires.

-¿Y para qué quiere hablar conmigo?-preguntó.

-Estoy escribiendo su biografía.

- Usted no me conoce -contestó con sorpresa.

El edecán, la única persona que lo acompañaba, cerró la posibilidad: “El general no lo va a atender”. Nunca me atendió.

Entre enero y julio de 2001 redacté casi 400 páginas a una velocidad inusual para mis estándares: al biografiado le habían detectado un cáncer de pulmón y muy probablemente renunciaría a la presidencia de la república ese mismo año. Casi en simultáneo, a mi madre se le declaró la misma enfermedad en el mismo lugar. *El*

dictador elegido está dedicado a ella: me propuse terminarlo antes de la muerte inminente que pronosticaron los médicos.

Durante la presidencia de Banzer Evo se convirtió en una suerte de ‘enemigo público número uno’. Para cumplir el cometido que sintetizaba el lema “Coca Cero”, el gobierno de Banzer se propuso erradicar la coca de las 47 mil hectáreas donde se cultivaba y militarizó el Chapare con un apoyo abierto y enfático de los Estados Unidos. Desde su banca, y en el territorio, Evo organizó la resistencia a la erradicación forzosa. Lo acusaron de narcotraficante, de ser el primer eslabón, el mejor aliado, el mayor canciller del narcotráfico; lo llevaron a la Justicia por los cargos de asesinato, de instigación al crimen, de alzamiento armado, de destruir bienes del Estado, de manejar borracho; se burlaron en público de que no supiera sumar, de cómo hablaba y de lo que decía cuando hablaba; le regalaron una Biblia y una Constitución para civilizarlo.

Evo denunció a Banzer por los crímenes de su dictadura, dijo que era el peor presidente de la historia de Bolivia y lo acusó de corrupto y con vínculos con el narcotráfico. “Si Banzer no quiere coca, habrá lucha armada”, declaró en octubre de 2000. El partido de Banzer, ADN, se propuso expulsarlo del parlamento por desacato y sedición. No le perdonó que hubiera vinculado al Presidente con el narcotráfico. “Muerte civil”, propuso ADN en público. El diputado Morales fue expulsado del Parlamento el 23 de enero de 2002: lo responsabilizaron por la muerte de dos agentes de policía durante los conflictos que siguieron al cierre del mercado de acopio de coca en Sacaba, Cochabamba. Acompañé a Evo en la huelga de hambre que empezó en el Congreso. Dormía en un colchón maltrecho y tenía a su lado una cartulina que proponía el cierre del Poder Legislativo. Aunque disminuido físicamente, sabía que la expulsión de una institución tan desprestigiada, por políticos tan desprestigiados, contribuiría a su primera campaña presidencial que estaba por comenzar.

El dictador elegido: biografía no autorizada de Hugo Banzer Suárez se presentó en la Feria del libro de La Paz en agosto de 2001. “El libro de Sivak es la estrella de la VI Feria: los primeros 3000 libros se agotaron en poco más de una hora. Hubo aglomeración”, tituló *La Razón* en uno de sus títulos de tapa.

Los banzeristas respondieron con furia. Una de las personas más próximas al biografiado, el ministro de Informaciones y novelista cruceño Manfredo Kempff Suárez, me dedicó varios adjetivos en dos columnas: Impostor, inventor de historias truculentas, impertinente, mercenario extranjero, embustero, joven despistado, escritor de truculencias. La de mercenario se volvió un clásico. La semana de la presentación del libro, en el popular programa de TV “De Cerca” que conducía el luego vicepresidente y presidente Carlos Mesa, tuve un acalorado debate con Fernando Kieffer, ex paramilitar y ministro de Defensa de Banzer durante su segunda presidencia: me acusó de estar pagado por el MNR, de hacer proselitismo, y de otros agravios. En uno de los cortes, me apuné, y Mesa me rescató con mates de coca en su despacho. Desde el colegio primario que no estaba tan cerca de terminar a las trompadas con

alguien, pero el gesto de desprecio mutuo con Kieffer fue no darnos la mano al final del programa.

Después de la presentación del libro declaré durante tres horas en los tribunales federales de Buenos Aires ante el juez Rodolfo Canicoba Corral que investigaba el Plan Cóndor. Con el abogado querellante Alberto Pedroncini procuramos que se incluyera en la causa a la veta boliviana. En diciembre de 2001, el juez federal argentino pidió la captura internacional de Banzer por considerarlo parte del Plan Cóndor. Nunca nadie había llegado tan lejos con el ex dictador boliviano. Banzer tuvo que suspender su tratamiento médico en Estados Unidos y quedó atrapado en Santa Cruz de la Sierra. Murió el 5 de mayo de 2002. Mi madre murió cuatro meses más tarde.

Para Evo yo me había convertido en el jovenzuelo, el *karita* (así me llamaba: el 'blanquito') que le sacaba la mugre a Banzer.

-En esa época yo te perseguía a ti, te veía en la televisión, como cuando te gritaste con el Kieffer, - me dirá años más tarde con modestia fingida. Ahora vos me perseguís a mí.

En el invierno de 2002 pasé varias semanas en La Paz para cubrir el desenlace de la elección presidencial de ese año. Trabajaba con el documentalista británico Sean Langan para su *Travels of a Gringo* para el Canal 4 de Londres, con el que viajamos durante siete meses desde Buenos Aires hasta Tijuana. En la campaña electoral boliviana, el embajador norteamericano en La Paz había comparado a los coccaleros con los talibanes. Manuel Rocha, así se llamaba, anunció que si Evo ganaba la elección Washington suspendería la ayuda a Bolivia. El candidato le agradeció: involuntariamente, el Embajador se había convertido en su jefe de campaña porque esa declaración sólo le ayudó a sumar votos.

Ese invierno de 2002 le propuse a Morales grabar una entrevista en la puerta de la Embajada de los Estados Unidos de La Paz. Camino al lugar, en su Nissan plomo en el que había hecho la campaña (casi no había presupuesto para viajes en avión), me ofreció ser su embajador en Buenos Aires si llegaba a la presidencia (por entonces la elección era indirecta y los diputados elegían al presidente entre los dos candidatos más votados). Le agradecí, pero le recordé algo que él sabía muy bien: los embajadores tenían que ser bolivianos de acuerdo a la Constitución Política del Estado (la CPE).

-Hermanito, las reglas están para cambiarlas-respondió.

Langan le pidió una embajada. Sean fue la primera persona que me dijo que tenía que escribir un libro sobre Evo. Empecé durante ese viaje sin tener muy claro qué libro estaba **escribiendo**. No quería hacer una biografía clásica.

En diciembre de 2005 Evo ganó la elección presidencial **con un aplastante 54% de los votos. Así ponía fin a la democracia pactada entre grandes partidos y caudillos karas imperante desde 1982 y en la que Banzer era un pilar decisivo.** Yo no había

creído que esa victoria fuera posible. Existe una jactancia en el juego de la política, la de quienes anticipan grandes carreras, conocen de antemano quiénes serán los futuros presidentes. Es una jactancia que no puedo exhibir. Siempre temí que a Evo lo iban a matar o que le iban a meter dos kilos de cocaína para arruinar su carrera. La primera vez que hicimos un viaje juntos vi que no despachaba el equipaje: era su regla para evitar que le plantaran drogas o dinero en su valija. Siempre se rodeó de una asombrosa precariedad.

Ya instalado en el Palacio Quemado a comienzos de 2006 le pedí pasar con él la mayor cantidad de tiempo posible y así verlo gobernar para poder escribir el libro. Un testigo que pregunta lo mínimo indispensable y pasa lo más desapercibido posible en la cotidianidad de un jefe de Estado.

Durante los dos años que siguieron viajé con él por toda Bolivia, estuve meses en el Palacio Quemado, formé parte de las exiguas comitivas presidenciales en las giras por África, Estados Unidos y América Latina. Lo vi dormir y despertar sobresaltado contándome que había soñado con la DEA; jugar el póker de la política con José Luis Rodríguez Zapatero, Hugo Chávez o Muammar Gadaffi; gritar en una reunión de gabinete a un ministro que había comprometido un gasto sin la autorización del Ejecutivo; le escuché decir a una camarera "de tus manos hasta veneno" después de que le ofreciera café o jugo; le oí disertar sobre las diferencias entre las llamas y los hombres, dos especies animales.

En 2008 se publicó *Jefazo, retrato íntimo de Evo Morales*. Evo nunca lo leyó. Le informaron que contaba algunas diferencias con Álvaro García Linera, su vicepresidente, y otras cosas más que no le gustaron.

- ¿Por qué escribes esas cosas?-preguntó en un salón del Palacio Quemado.

- Porque son así -contesté.

Lo que más le molestó fue que en la galería de fotos hubiera una suya con el embajador de Estados Unidos, David Greenlee, a quien un año más tarde expulsó del país por conspiración. El diario opositor *La Prensa* encontró en *Jefazo* una manera de hacer un título principal: Revelan que Morales maltrata a sus ministros.

El libro tuvo más lectores de lo esperado. En la Argentina se imprimieron siete ediciones, en Bolivia se hicieron ediciones piratas y en la calle se vendían ediciones de bolsillo que no existían en la versión original. Lo tradujeron inglés, francés, italiano y chino y viajé a presentaciones en Nueva York, Shanghai y Beijing. En la de Manhattan, en un teatro en Midtown, Evo contó por qué dejó de pensar que yo era agente de la CIA:

-Le sacaba la mugre al Banzer.

Esa noche tuvimos una noche más emocional de lo habitual: Evo evita siempre esos desbordes y yo tengo serios problemas para evitarlos. Terminamos discutiendo por sus elogios al premier iraní Mahmud Ahmadineyad.

- En Irán vos estarías encarcelado o muerto por el régimen -le dije gracias a la desinhibición que puede producir el Sauvignon Blanc.

-Tantos años viviendo acá y te están lavando el cerebro -contestó.

El tercer comensal, el canciller David Choquehuanca, terció en su favor.

-¿Por qué haces un doctorado sobre América Latina en los Estados Unidos de Norteamérica?-preguntó.

- Ya muchos años con el doctorado: ¿no estudias acaso? Voy a desconfiar de ti-dijo Evo.

Ambos tenían un punto.

Para entonces se empezaba a vislumbrar **los grandes hitos de una presidencia y su dimensión histórica. En 180 años desde la fundación de la república, Morales, de ascendencia aymará, se convertía en el primer presidente indígena en un país cuyo 62% de la población se autopercibía indígena, según el último censo poblacional. Decidió acompañar ese poderoso simbolismo con dos medidas de gobierno que tuvieron un gran impacto social. Poco después de asumir decretó la nacionalización de los hidrocarburos (la exportación de gas y petróleo era vital para la economía boliviana) , convocó a una Asamblea Constituyente para redactar una nueva constitución que fue refrendada por voto popular e inició las mayores reformas de igualación (e inclusión) social y revolución política que conoció la América Latina del siglo XXI. Ninguno de los gobiernos de la llamada ‘izquierda populista’, o la ‘ola rosa’, dos nombres un tanto despectivos, entre los que contaron a Néstor Kirchner y Hugo Chávez, de Luis Inázio Lula da Silva y Rafael Correa, consiguió los cambios que para Bolivia movilizaron las sucesivas administraciones de Morales.**

El ciclo virtuoso se tradujo en reducción de la pobreza, la desigualdad y en una mejora de cada una de las variables económicas y sociales. La economía del país creció de manera sostenida, con estabilidad monetaria y cambiaria y baja inflación y la infraestructura mejoró notablemente, como nunca antes. Después de dos nuevas victorias en las elecciones presidenciales, el gobernante Movimiento al Socialismo (MAS) vio resentirse su idoneidad como ‘instrumento político’ del llamado ‘Proceso de Cambio’. La desafortunada decisión de buscar las soluciones al problema de la sucesión y de la organización partidaria en una nueva reforma constitucional fue un fracaso. En el referéndum del 17 de febrero de 2016, Bolivia

dijo NO a la vía reformista. Era muy reciente la labor de la Asamblea Constituyente que había sesionado en Sucre y había creado para Bolivia una nueva Constitución de gran originalidad y valía jurídica, que había cancelado a la República para dar nacimiento a un Estado Plurinacional. El prestigio del gobierno era víctima de su propio éxito, y se desgastaba en el electorado satisfecho. El personalismo, la excesiva presencia de Evo Morales en la televisión, en la vía pública, en la vida de los bolivianos y las bolivianas contribuyeron, también, a su erosión y a cierto hartazgo de las clases medias urbanas que, incluso, lo habían votado.

Entre el lanzamiento de *Jefazo*, en 2008, y la consolidación de Morales en el poder como el presidente boliviano que más tiempo duró en el cargo pasaron 10 años. En ese período lo frecuenté más espaciadamente y viajé bastante poco a Bolivia. Cada vez que él venía a la ciudad donde yo vivía, Nueva York o Buenos Aires, replicábamos la rutina de la escritura de *Jefazo*. Yo pasaba esos tres o cuatro días acompañando su agenda diaria, que arranca a las 5.00 de la mañana y termina a medianoche. No todo era alta política: también trotábamos, jugábamos al fútbol, siempre en competencia casi infantil.

Cada tanto escribía un artículo sobre Evo y Bolivia **y para 2014 agregué dos capítulos a la edición actualizada de *Jefazo* que se publicó en Argentina, México y España.**

Pensé que nunca más escribiría un libro sobre Evo o sobre Bolivia.

Este libro

En mayo de 2019 me encontré a almorzar con Noah Friedman en un restaurante de Palermo, Buenos Aires. Noah vivió más de 14 años en Bolivia y fue el fotógrafo personal de Evo en los primeros años de la presidencia. Compartimos muchos viajes en Bolivia, una gira por Nigeria y Cuba y varias de sus visitas a Estados Unidos. Durante la comida nos entusiasmos con la idea de hacer un registro audiovisual de la campaña presidencial de octubre 2019. Las encuestas lo daban a Evo como ganador en primera vuelta y así iniciaría su cuarto -y discutido- mandato: excluida por el referéndum la reforma constitucional, la Corte Suprema de Bolivia lo habilitó para competir con argumentos que la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) había hecho valer precedentemente en Centroamérica.

Para mí era como un regreso a esa adrenalina de los aviones, los helicópteros y correr 18 horas al día en suelo boliviano. Por entonces trabajaba gerente editorial, daba clases y pocos años atrás había publicado un libro sobre la vida y la muerte de mi padre y había escrito, aunque no publicado todavía, una autoficción de amores y desgarrs

amorosos y de aquel viaje con Sean Langan. Como esos dos libros estaban bastante centrados en mí, volver al campo, a las multitudes, a una de las grandes narraciones del siglo XXI en América Latina -la Bolivia de Evo Morales- me permitía salir de ese mundo interior, de esos agobios, de esos rulos muchas veces inconducentes.

Gracias a un subsidio del Bertha Foundation empezamos a filmar en septiembre de 2019. A Evo le dijimos que sería una suerte de *Jefazo* documental y audiovisual. En mi caso, desconocía todo, absolutamente todo, lo relacionado con el mundo audiovisual. En ese primer periplo de diez días, en que tomamos más de 30 aviones y helicópteros, empecé un diario de filmación, una bitácora de los días que pasaban, un germen de este libro.

Con Noah concluimos que el material resultaba interesante por el acceso que habíamos tenido. Pero el documental carecía de tensión y drama. Desde entonces todo se convirtió en tensión, drama y giros inesperados. Este libro es sobre ese vértigo de lo desconocido.

La noche de las elecciones presidenciales bolivianas del 20 de octubre el conteo se detuvo cuando el MAS estaba siete puntos arriba, pero sin la mitad más uno de los votos ni diez puntos de distancia con el rival inferior. Esto obligaba a una segunda vuelta, con riesgos de derrota. Al día siguiente, tras el apagón informático, Morales llegó al 10 por ciento de diferencia y anunció su reelección. La oposición se lanzó a las calles con denuncias de fraude y exigencias de segunda vuelta. Las siguientes semanas la tensión política, regional, territorial y racial creció en espiral. El golpe de Estado se aceleró dos semanas más tarde con un acuartelamiento policial y se terminó de concretar con la sugerencia de renuncia formulada al Ejecutivo el 10 de noviembre por el comandante de las Fuerzas Armadas. Evo anunció su dimisión desde la sede sindical cocalera en el Chapare y se refugió monte adentro ante el riesgo de un magnicidio.

El día del Golpe, desde Buenos Aires, pasé toda la noche haciendo llamados inútiles convencido de que lo matarían. Como si finalmente se fuese a confirmar lo que pensé durante tantos años. Cayó como un yunque el miedo de cuando escribía sobre Banzer. En un operativo, que fue calificado como cinematográfico y activó proyectos audiovisuales de ficción y no ficción, un avión del gobierno de México llevó a Evo y a Álvaro García Linera a la Ciudad de México y terminó por salvarles la vida.

Días más tarde viajamos con Noah a México y recuperamos la cotidianidad. Recluido en un cuartel, en una casa sombría, por primera vez en 25 años vi a un hombre arrasado. Estaba solo, errático, incómodo. En Bolivia acababan de ocurrir dos masacres de manifestantes afines a su gobierno y su poder parecía esfumado. No sólo había perdido la presidencia. Su propia autoridad se veía desafiada en el movimiento político que había controlado desde la máxima autoridad del Estado.

Desde entonces el documental volvió a entrar en una saga de sucesos imprevistos e imprevisibles que pudimos registrar con la cámara. Un viaje en avioneta a La Habana que debió ser secreto para reunirse con Raúl Castro y con Nicolás Maduro en La Habana, la mudanza a Buenos Aires para instalarse en la casa de la madre de uno de mis mejores amigos, los preparativos para elegir el binomio de candidatos del MAS para la próxima elección presidencial, un acto multitudinario en el estadio de Deportivo Español para despedir su presidencia, el inicio de la campaña y luego la pandemia y sus derivaciones y restricciones. Durante siete meses de 2020, en los que Evo no salió ni a la esquina de la casa, pasamos días enteros jugando al ajedrez, haciendo abdominales, viendo nuevos y viejos partidos por TV y llenando el aire con recuerdos y con sus planes de un cada vez remoto retorno a Bolivia.

Lo vi derrumbarse nuevamente en agosto de 2020 con la muerte por Covid de su hermana Esther, a quien consideraba una madre. Hubo, también, denuncias en su contra por estupro y supuestos hijos en el marco de los más de 30 procesos judiciales que le iniciaron. En esa precariedad en la que Evo se movía pensé varias veces que podía quedarse en Buenos Aires por muchísimos años. Que abriría un restaurante de comida en la Little Bolivia de Liniers o en el Bajo Flores o en Villa Celina y que se integraría a la vida civil en su nuevo país de residencia. Ahí también erré en el cálculo.

El 18 octubre de 2020 el MAS, con la fórmula Luis Arce-David Choquehuanca, ganó la elección presidencial con una diferencia de casi 27 puntos. Semanas después del batacazo electoral Evo emprendió el regreso a Bolivia: entró triunfal por tierra y viajó en caravana durante 48 horas para culminar en un acto ante cientos de miles en la misma pista de aterrizaje de donde exactamente un año atrás había decolado el avión oficial que lo llevó a México. Parecía un cierre perfecto a ese año en el que estuvo en ninguna parte y nosotros con él. Pero había también algo más ambiguo: volvía con un poder más acotado, con tensiones internas que permanecían irresueltas y con la novedad de una vida que no conocía. La de no ser presidente. Le entusiasmaba un nuevo emprendimiento: montar un criadero de peces para ganarse la vida.

En algún momento pensé que si *Jefazo* era el libro de la llegada épica al poder y de sus primeros años triunfales, este libro sería sobre la disolución dramática del poder, sobre el derrumbe. No fue ni lo uno ni lo otro. Había una diferencia mayor. En *Jefazo* intenté mantener una condición de testigo que observa. En este libro, especialmente desde el golpe de Estado, hice de chofer, de telefonista, de personal trainer, de agente inmobiliario, de rival de ajedrez, de editor de su libro de campaña *Volveremos y seremos millones* y, sobre todo, de compañía. Escuché planes secretos temerarios y otros descabellados, vi su vida amorosa de más cerca y los estados de desolación y de euforia contenida. Vi como no le atendían el teléfono.

Siempre me resultó más fácil esa proximidad cuando estaba en la mala: cuando lo echaron del parlamento en 2002, cuando empezaron a insultar por la calle en la

presidencia de Mesa, en momentos difíciles de su vida personal y, especialmente, en su año en el exilio.

Este libro es sobre la intimidad y sobre el ejercicio del poder, sobre la personalización del gobierno en Evo y cierta megalomanía que lo fue dominando y sobre los detalles. Los detalles de la caída, el temple y la resiliencia que aparecieron en la caída, los desaciertos y las acertadas decisiones de estrategia política y electoral. Terminó haciendo campaña por toda Bolivia con seis celulares desde una casa de Martínez, provincia de Buenos Aires.

Pensé mucho en ese miedo a la muerte cuando lo escribía, cuando estaba en su casa del exilio en el que contaba las amenazas a su vida y la falta de seguridad permanente. Sin pruebas ni elementos pensaba todo el tiempo que lo matarían. Escrito con ese miedo, la vitalidad extrema de su protagonista y los vaivenes de la historia, el libro es, también, una evocación de estos 25 años y de la mañana, aquella primera mañana de 1995, en la que Evo pensó que yo trabajaba para la CIA.

EPILOGO

En junio de 2022 pasamos las 96 horas finales. Siempre, en realidad, son las finales, las últimas, para llegar al epílogo del epílogo. En este viaje debíamos hacer una master interview, visitar con el Orinoca, su pueblo natal, y pasar unos días en Chapare, el lugar donde se forjó como dirigente sindical y donde fijó residencia desde su regreso a Bolivia en noviembre 2020 para dedicarse a la producción de pescados y a la política. No vinimos al país en este año y medio que pasó entre aquella caravana triunfal.

El despertador suena cruel a las 3 am del martes 7 de junio en el Hotel Regina de Cochabamba. Evo amanece en la casa que asaltaron las horas del golpe de Estado. Se ha reconstruido y sirve como pied-à-terre cuando duerme en la ciudad del eje troncal de Bolivia.

Nos asignaron un Land Cruiser polarizado color azul leve que tiene los vidrios polarizados y blindados y las ventanillas no se pueden bajar. Maneja Edgar, un taxista paceño, que viste equipos de gimnasia de tela de avión y tiene una presencia calma y

suave. La troupe del documental la integramos Noah, Diego Levy que hará cámara, **William XXX** que hará dron y tercera cámara y yo.

A las 3.45 de la mañana Evo baja de una Land Cruiser blanca en el punto donde un grupo de transportistas bloquea Quillacollo, a la salida de Cochabamba. Viste camisa blanca, una versión revisitada de las que usaba en la presidencia, jeans, zapatillas grises y una campera de jersey marrón.

- ¿Cómo está, cuñado?- saluda a Noah en referencia elíptica a su hermana, la confirmación de un deseo que nunca termina de extinguirse.

Se enoja con el bloqueo. Dice que son demasiado pocos para cortar el paso a una de las ciudades del eje troncal de Bolivia. Los contras dirán: el bloqueador, bloqueado.

Samuel, su temerario chofer, conoce un camino alternativo. Lo seguimos, subimos por la ruta que nos lleva al departamento andino de Oruro, y a su capital, la ciudad que Evo irremediablemente asocia a su hermana. Esther murió dos años atrás, enferma de Covid. El día que se enteró fue el más doloroso de la cuarentena estricta en Buenos Aires: tomó alcohol hasta perderse y despedirla. En los días de noviembre de 2019 que llevaron al golpe de Estado y al fin prematuro de la tercera presidencia la casa de Esther había sido incendiada.

Vamos al mercado para el clásico desayuno orureño. Api, una bebida caliente, dulce y espesa a base de granos de maíz morado, con buñuelos, una especie de torta frita espolvoreada con azúcar impalpable. Evo repite *buñuelo* una y otra vez hasta que le preguntó por qué.

-Un solo agujero, compañero- dice y tuerce una media sonrisa.

Nos sentamos en mesas largas, de madera, con sus respectivas banquetas. Los primeros rayos del sol se incrustan en ollas y sartenes. Quienes reconocen le sacan fotos y lo saludan. Una señora le pide un video para su hermano que está terminando el colegio secundario.

-Le deseo mucho éxito en su vida. Con esfuerzo y trabajo todo se consigue- dice despojado de toda consigna política.

Pienso, apresuradamente, que se trata de un candidato en campaña que les habla a posibles votantes no ideologizados.

El tema que domina el desayuno son las carreras de 10 kilómetros, un deporte que crece en el Trópico de Cochabamba.

-Los de Oruro son los mejores atletas. Se entrenan en altura (la ciudad de Oruro queda a 3700 metros del nivel del mar)- cuenta Evo.

El primer premio de la próxima carrera son 10 mil pesos bolivianos (unos 1500 dólares). Evo le cuenta al hijo de Esther que le va a mandar atletas del Chapare para que se entrenen en Oruro y le pide que les consiga alojamiento. Se dedica a la gestión de las pequeñas cosas.

El hijo de Esther es dirigente y nos ofrece un video de la quema de la casa de la madre. En la carnicería, el negocio familiar, ahora está la sala, cuenta. Evo le ofrece ir a Orinoca, pero dice que no puede, que tiene reuniones y asambleas. En Orinoca conoceré a su padre: cuando habla de Esther se le nublan los ojos de lágrimas. Me preguntará si soy comunicador y antes de recibir una respuesta dará su opinión:

-No tengo buena opinión de los comunicadores. Engañan al pueblo todos los días. ¿Usted hace lo mismo?

El viaje de Oruro a Orinoca toma una hora y media de tiempo. La ruta es recta, despoblada y altiplánica, con cerros y montañas marrones a los costados de las ventanas y suelo sin riego: el lago Poopó está seco, sus afluentes parecen haberse evaporado. Evo va adelante ya con la campera azul del Movimiento Al Socialismo (MAS) y, aunque no tiene demasiadas ganas de hablar, hablamos de los tiempos en que hacía ese mismo trayecto a pie 50 años atrás: tardaba una semana. El único bus que unía Oruro con Orinoca llegaba el domingo al final de la tarde y se volvía el lunes. **Todo aquello que ha contado una y miles veces, a cámara y fuera de cámara, es una voz en off sobre algo que vamos viendo en tiempo presente.**

Evo evoca una noche en que las llamas se rebelaron y emprendieron una huida hacia los arenales.

-Ahí, ahí- señala un punto en la ruta que parece el mismo punto que vimos a lo largo de toda la hora que pasó.

Lloró hasta el amanecer mientras el padre intentaba recuperarlas. En su relato hay caminatas, animales, arenales, alimento a base de maíz tostado y noches a la intemperie. Llevaban los animales para venderlos en la ciudad de Oruro. Ese camino de tierra ahora está asfaltado. En el trayecto pasamos por coliseos, unidades educativas.

-Eso hemos hecho- señala mientras ve el legado presidencial desde su ventana. Se entibia las piernas con una manta. Ponen música y no es de campaña.

Cinthia, su asistente, **le prepara su harina de coca, con agua caliente y miel en un termo térmico. La toma y antes de terminar ya recibe, también de Cinthia, una servilleta con la que se saca ese gusto concentradamente amargo que le dibuja un disgusto en la boca. Sigue tomando ese brebaje dos veces al día. Es una combustión de energía; su redbull y viagra en uno.**

Samuel aprendió a manejar a los 13 y perfeccionó su técnica en viajes a reuniones sindicales. Evo cuenta que aprendió a manejar a los 29 años. Que ya entonces, como dirigente sindical en el Trópico de Cochabamba, le habían asignado un chofer que estaba en estado de permanente disgusto. Evo prestaba atención a su técnica y una noche que el chofer renunció para siempre arrancó el auto sin más aprendizaje formal que esa experiencia de absorción. No es su único rubro como autodidacta: llegó a la presidencia sin saber qué era la inflación ni cómo se formaba.

Sin la adrenalina presidencial de los llamados frenéticos y las logísticas de aviones y helicópteros, Evo contempla la ruta usando unos anteojos negros que lleva en un estuche Prada. Cuando se los saca queda en evidencia el ojo que parece lastimado. Le diagnosticaron semi diabetes. Le pidieron, adicionalmente, que no hiciera pesas para no exigir tanto su cuerpo en las rutinas diarias de ejercicio.

Evo pide parar el auto y sube con paso cansino a un montículo de arena a hacer pis. Miren al cielo, dice, su manera de pedir que ni lo miren ni lo sigan. Después de orinar, se queda en ese arenal con las piernas apenas flexibilizadas como para no resbalar y desde ahí da una entrevista a radio Panamericana en la que dice cosas tremendas sobre Luis Arce. Lo eligió como su sucesor para las elecciones de 2020, pero llevan dos años de desconfianzas y tensiones que parecen adelantar las presidenciales de 2025. **A diferencia de la Argentina, esa disputa no tiene como fondo -o centro- una crisis económica y social de envergadura.**

“No se siente el cambio económico... ya se siente la crisis alimentaria...”, dijo en la entrevista radial en su renovada condición de productor de alimentos. En un *in crescendo* agregó que tiene documentación sobre la corrupción de algunas autoridades del Gobierno. “¿Hay que ser corrupto para no ser cambiado?...Tenemos tanta documentación sobre corrupción del ministerio de Obras Públicas, a mí no me gusta hablar en base a ‘chismosería’. Quiero decirle algo, entregué documentos e implicaciones de comandantes (de la Policía) en tema narcotráfico personalmente al hermano Lucho y no pasó nada”.

Por debajo de la gravedad de la denuncia -inacción presidencial frente a un tema muy delicado- subyace el conflicto con el ministro de Gobierno. Evo pide su cabeza y Arce no la entrega. Una de las razones del encono es una encuesta encargada por ese ministro que contenía una pregunta incómoda: *¿Cree usted que Evo Morales tiene relación con el narcotráfico?* Es un fraseo que aplicaban las derechas de Bolivia. El ministro, Carlos del Castillo, es abogado y es cruceño.

Cuando retomamos la ruta, Samuel frenó cuatro veces por vicuñas y llamas que cruzaron. Evo va meciéndose hasta quedarse dormido con los lentes puestos. Cinthia, asistente personal y jefa de gabinete virtual, hace un esfuerzo para ponerle el cinto hasta que se escucha el clinch y nos acomodamos hasta llegar a Orinoca.

Parada 1. En Orinoca nació Evo. Un matrimonio campesino pobrísimo tuvo siete hijos, sólo cuatro sobrevivieron y uno de ellos fue presidente del país durante casi 14 años. En Orinoca no había posta sanitaria. Tampoco luz ni agua potable. Las escuelas estaban lejos. Durante la administración del MAS en el gobierno, Orinoca progresó notablemente. Una carretera la une a la capital departamental de Oruro. Un estadio nuevo, de césped sintético, lleva el nombre de Dionisio Morales, el padre del presidente. Y el propio Evo Morales veló por la construcción en su lugar natal de un Museo del Estado Plurinacional celebratorio del Proceso de Cambio y de su líder. Parece difícil monumentalizar la genealogía de los cambios generados por el gobierno del MAS sin caer en el culto de la personalidad del Líder. El Museo es un objeto favorito de la impugnación opositora, por el objeto y por el gasto. Como parte de la *desevisación* del país después de la renuncia de Evo, el gobierno de facto de la senadora beniana Janine Áñez cerró el Museo.

A la entrada de Orinoca le pedí a Evo que fuéramos a visitarlo, pero, incómodo, respondió que cree que está cerrado y que no sabe quién tiene las llaves. El Ministerio de Culturas, Descolonización y Despatriarcalización no reabrió el Museo, como si aquella *desevisación*, con otros tonos, aún permaneciera vigente.

Para esa mañana se había organizado una bienvenida, un acto con músicos, con rituales, con protocolos, con maestros de ceremonias, con posters que se reparten, con ofrendas de cervezas, con bandas musicales.

En la plaza central de Orinoca esperan las autoridades comunitarias con sombreros marrones frente a una línea de sillas blancas. En el piso, a dos metros pijchean y beben alcohol puro unas mujeres durante la ceremonia aymará de la k'oa por la visita del visitante célebre. El único escenario elevado es una pérgola desde donde interviene el maestro de ceremonias.

Nos sirven jugo y luego un maíz hecho a la piedra. La casera que preparó la quinua para todos los asistentes está en una esquina de la plaza. Con tres mujeres dividen las labores: pasar la porción del gran recipiente a los platos de plástico, echar el queso de cabra rallado y sumarle la cuchara. Comen todos los asistentes, unas 300 personas en un pueblo de unos 1800. En Orinoca, el MAS sacó **el 97% de los votos**.

El primer baile es un potajtucha, me explica Fermín Choque, vestido con buzo de lana, pantalón de traje y unas sandalias de plástico con medias. Es, como todos, un pariente de Evo.

-Primo de un primo. Primo pues escriba- me dice.

Algunos niños y muchos adultos lo llaman tío.

En la ronda con las mujeres Evo se moja los labios con el alcohol puro, sorbe apenas un trago y tira al piso, uno, dos, tres, cuatro veces. Es lo que se ofrenda a la Pacha, a la madre tierra.

La señora que vende agua, la concienzuda dirigente del MÁS y el referente comunal adolescente dicen, por separado, que su presidencia trajo la carretera a Orinoca y que eso cambió el pueblo. No emerge el discurso ideológico, pero se reivindica la conectividad terrenal, más aún que Internet, otra ruta y otra red que también llegaron con el Proceso de Cambio.

El locutor encontró una fórmula para ubicarnos en tiempo y espacio a los forasteros sin necesidad de personalizar los sujetos: estamos en la tierra que lo vio nacer.

Cada una de las personas que se acercan le dicen algo sobre la relación de parentesco. O son hijos de un compañero o hermanos de un profesor del colegio o padres de una autoridad. Nadie queda fuera de ese árbol. Una de las mujeres mayores, la que más alcohol puro toma, le recuerda que era hermana menor de uno de los maestros de escuela. Evo bebe su quinta copa de alcohol y arroja una porción generosa a la madre tierra, para aguantar **la graduación** que supera los 90 **grados**.

Es como un día festivo sin serlo. Evo se suma a las rondas de baile que se arman después de cada discurso. Parece incentivado o tocado o algo por ese alcohol puro y las cervezas calientes. Muestra destreza, cierta condición física y sabe que hay cámaras que registran sus movimientos.

Le ofrendan cervezas calientes y cajones de Huari (la marca orureña, hecha con agua de deshielo de los Andes) que quedan debidamente estacionados. El solazo hizo que el mediodía no bajara de los 10 grados. En el mundo real de Orinoca las heladas traen una consecuencia que excede a los ciudadanos que vibran con el *Weather Channel*: arruinan la cosechas de papas. Una helada hizo que la familia Morales Ayma dejara Orinoca para siempre en 1980.

En la plaza - antes de la modernización que vino con el plan de gobierno 'Evo cumple-', me dice una señora de pollera, dormían y se reproducían las vicuñas. Hay una plazoleta y una escultura de los rebeldes aymaras Tupak Katari y Bartolina Sisa, un edificio con vidrios polarizados con partes en rojo chillón y una iglesia. Sube a la pérgola el tata mayor Nelson Guitérrez Tilo, máxima autoridad comunitaria de Orinoca. Habla de Evo Presidente, en tiempo presente.

Evo luego toma el micrófono y da entender que está ahí, también, por el documental.

-Gracias a nuestra lucha se conoce Orinoca.

Habla de su infancia: “No conocíamos ni frazadas ni catres. No había escuelas. El único tío que sabía leer era el tío Cassiano. Hace 25, 30 años una mujer de pollera no podía entrar al banco en Oruro”.

Cuatro de los dirigentes comunarios de la primera fila han quedado como fritos al sol y dormitan, mientras su líder máximo les habla.

Evo hace referencia a la importancia de la Cultura, una manera de protestar por el Museo cerrado.

Conseguimos un reemplazo a la visita al Museo y la tarde termina en su casa de infancia a unos 10 minutos en auto de Orinoca. Durante 15 años, Evo compartió con sus padres la única habitación, de tierra en el suelo, paredes de ladrillo precarias y techo de paja. Al costado había un pequeño espacio para cocinar. Al entrar Evo juega con uno de los juguetes de su infancia: el caparazón de algo parecido a un tatú. Dice que está intacto.

Hugo, su hermano menor, señala lo que dejó el padre cuando murió en 1984 o 1985 (no hay fecha confirmada por los hijos): la muda de ropa con pocos pantalones, la última cosecha de papa y algunas herramientas. Le pregunto por qué han guardado una cosecha en una habitación por casi 37 años:

- Con el Evo no hemos decidido qué hacer con las cosas que dejó- contesta vestido con un jean claro, zapatos negros en punta y buzo rojo, y los ojos rojos y relampagueantes por las Huari.

Han vivido sus vidas, se han ido de Orinoca, se han reproducido, han hecho una carrera gremial y política, pero en el fondo de la casa ha quedado la última cosecha del padre a la que vuelven a ver cada vez que regresan a la casa. Queda su ropa, como parte, también, del enigma del padre.

Hugo cuenta que su hermano lo tenía de punto, pero su malestar contenido es por otro tema. Con su política de nepotismo cero y la prohibición que sus parientes directos tengan cargos públicos, las aspiraciones políticas de Hugo quedaron trucas.

-Eso, está visto, no está bien- dice Hugo como si no pudiese tragar esa bronca. Y, como Evo, cuenta que ha soñado muchas veces que llegaba a la mitad del cerro Cuchi Cuchi y no podía escalarlo hasta la cima.

Cuando salimos de la casa, Evo, que no escuchó esa conversación a cámara con el hermano, marca el cerro Cuchi Cuchi. A lo largo de su vida ha creído a veces en Dios y otras veces no, pero ha mantenido su fe inalterable por ese cerro.

-Es fuente de poder político, pero no de poder económico -dice.

Antes de subirse al auto, mientras una banda sigue tocando y sus músicos toman las últimas cervezas calientes, hace una pregunta.

-Abuelos parecían mis compañeros de colegio de Orinoca: ¿has visto?. Me dijeron que estaba gordo, como carudo. ¿Tú me ves gordo?

Al llegar al Cuchi Cuchi nos encontramos con que son tres o cuatros cerros. Al lado del auto blindado armamos el aeropuerto del drone. Noah se tapa con algo para ver mejor las imágenes que recoge el drone y luego lo aterriza en una geografía hostil donde hay pinchos que me clavo.

Parada 2. Chapare, trópico de Cochabamba. La velocidad temeraria de Samuel unirá Orinoca con el Chapare en 7 horas y media, cuatro menos de lo estipulado por las aplicaciones. Este viaje es el que hizo Evo a los 18 años: del Altiplano al Trópico, de pastor de llamas a campesino dedicado al cultivo de hoja de coca y a futuro dirigente cocalero en la década del 80.

Nuestras seis horas de viaje de Orinoca a Cochabamba se tornan insoportables. Estamos mal dormidos, cansados bajo el efecto de la altura. En un blindado sin ventanas sentimos nuestros olores, respiraciones y hasta lamentos. Evo llama todo el tiempo para preguntar por el acto y por qué vamos quedando rezagados. Decidimos hacer noche en el Hotel Regina y Noah amanece con síntomas y testea positivo de Covid. Habíamos estado, el día anterior, unas 13 horas en un auto blindado. ¿Hay alguna posibilidad de que no estemos todos contagiados?

Como Edgard tiene una enfermedad preexistente, decidimos que se quede en Cochabamba y me toca manejar el Land Cruiser blindado de Cochabamba al Chapare. Con los arreglos en la ruta nos toca, cada tanto, estar parados, durante 30 minutos. Por teléfono nos llega la ansiedad de Evo. Cinthia pide la ubicación y luego él llama para preguntar dónde estamos, mientras intento domar la camioneta, entender la difícil aceleración en subidas, la lentitud para pasar camiones y la imposibilidad de usar la función de cuatro por cuatro. Lo más incómodo, en términos prácticos, es abrir la puerta en los peajes, explicar que no se bajar la ventanilla. Y en un momento epifánico, mientras nos preguntábamos cuando empezaríamos los síntomas del Covid, nuestros síntomas, veo la función de abrir el techo corredizo y de repente aparece el aire. Nos sacamos los barbijos y empezamos a respirar la humedad dulzona del Chapare.

Pasamos por algunos de los monumentos de la historia de Evo, lugares de célebres bloqueos y el Conquistador, el restaurante donde toma sopa de pescado el día previo a las elecciones. En las últimas dos horas la ruta se va tropicalizando: aparecen ríos y riachos, los primeros restaurantes que ofrecen trucha fresca y a la vera del camino, puestos de frutas venden plátanos. En uno de ellos extranjeros rubios se sacan fotos con los frutos como trofeos. El tambaqui es la nueva estrella fulgurante del Trópico y se adivina su presencia primeramente por la competencia con la trucha en las

publicidades de ruta. Es un pescado blanco de criadero, con espinas y con gran capacidad de reproducirse y de resistir a bajas cantidades de oxígeno. Los productores del Chapare datan su llegada al Trópico hace 15 años.

Llegamos a Villa Tunari a la 1.30, dos horas y media más tarde de lo que habíamos dicho. Evo demoró su llegada al acto por nosotros y partimos en caravana a la Central Palmar Palma. Manejé monte adentro durante 40 minutos siguiendo a Samuel que, como le gusta decir, volaba.

Para llegar a la Central Palmar Palma, afiliada a la federación única de centrales unidas, provincia Tiraque Provincial, atravesamos una barrera donde hay que pagar al sindicato un peaje no estatal de dos bolivianos. En la cancha de fútbol una formación de afiliados y afiliadas le hace de pared a Evo para caminar los 50 metros hasta el tinglado principal. Cuando nos cruzamos me miró con cara de enojo.

-¿Cómo pudieron tardar tanto?

Habla el primer dirigente y le agradece por los puentes y por los caminos.

Evo lo escucha, mientras busca la mandarina perfecta entre las que están en el tarro de plástico verde de la mesa de los oradores. En un momento preguntará si son de Villa 14 de Septiembre, el lugar de su chaco.

El próximo que habla, un dirigente del transporte, lo llama “líder indiscutido”, le agradece también por los puentes. En los discursos casi no se habla de la hoja de coca. Sí de los caminos que permiten la circulación de personas y productos. No se ven barbijos entre los que escuchan: flamean whiplas y algunas banderas del MAS.

Cuando Evo toma el micrófono pide disculpas por la demora, asegura que le da importancia a la puntualidad y que el problema fueron las instituciones argentinas y estadounidenses. No es que nos considere instituciones ni fue una ironía, simplemente es la manera que encontró de identificar responsabilidades sin dar nuestros nombres.

Pasó a lo importante: que él no hizo los puentes ni los caminos. Que los hizo el pueblo. Les recuerda que no se marchó por caminos y puentes. Fue por la nacionalización de los recursos naturales.

-Antes no queríamos puentes para que nos entren los erradicadores (de la hoja de coca). Hemos tirado algunos puentes... En el campo se levanta a las 5. Yo hacía lo mismo como presidente. Se sale a las 5. Si llueve, se pone el mosquitero y se hace otro hijo, como algunos dicen... Nuestra obligación es defender a Lucho Presidente, es nuestra obligación, es defender el Proceso de Cambio... Hay que escuchar a las radios y a los programas de televisión de la derecha... El precio de la hoja de coca bajó. Ya ha pasado eso en el pasado.

Y, después del salto de temas, da una última lección: cómo decir *Jallalla* (viva)

-Nunca levanten las dos manos con el Jallalla. Hay que levantar una sola mano. Levantar dos manos es sinónimo de rendición. Aquí nadie se rinde.

Vamos a un tinglado que funciona como comedor. En las paredes alguien pintó a Ernesto Guevara en comunión con la hoja de coca, a Tupak Katari, a Bartolina Sisa y al propio Evo. Nos sirven tambaqui a la plancha con su guarnición de chuño, papa y un jugo de copoazú. Evo tiene una remera blanca que se le pega al cuerpo y hace que la cicatriz de su panza parezca una riñonera. Tiene sandalias de cuero marrón. Al salir vemos el monte, una geografía parecida a la que recorrió después del golpe.

En el viaje de vuelta me pide que suba a su auto. Cuenta que cuando entraban los erradicadores a veces disparaban al aire para asustarlos y que hace muchos años novió con una de las oradoras.

Le propuse que él manejara el blindado más tarde.

-¿Quieres que la película quede decapitada?

Parada 3. Al caer la tarde visita un estadio de Shinahota, un pueblo del Chapare. Lo esperan en un salón un entrenador y ocho jugadores menores de edad. Se sientan en sillas de plástico bajo una luz particularmente blanquecina. Los futbolistas parecen tímidos frente a la novedad: un expresidente ha venido a arengarlos como parte del reclutamiento de jugadores para un torneo regional de Cochabamba. El entrenador dice que no llegan a 11 para el partido del fin de semana. Uno de ellos alerta sobre el jugador número 10.

-Conozco un buen arquero que ahora trabaja en un surtidor porque la madre está malita- dice uno.

-Hay que convencerlo para que venga a jugar. ¿Quién lo puede llamar?- pregunta Evo.

Continúa esa gestión de las pequeñas cosas.

Parada 4. Un día más tarde visita, a las 5 de la mañana, la sede sindical de la Ucaña, el lugar desde donde renunció a la Presidencia. La reunión es con la plana mayor del Trópico de Cochabamba: van llegando los ejecutivos y ejecutivas de las seis federaciones, alcaldes, concejales y dirigentes transportistas. Tratarán temas internos, me dicen. Uno de ellos es la relación con el gobierno de Arce y un pedido de reunión con el Presidente. Podemos hacer imágenes de la previa, pero cuando empiezan a hablar en serio nos piden que nos vayamos.

Esa mañana los diarios tiene títulos sobre violación de menores. “Hermanos violaron a dos menores: niña murió y niño pelea por su vida”. Página siete da como tema principal: 6 horrendos casos de violación a niños estremecen el país

El siguiente destino es Nueva Tacopaya, en el parque Isiboro Sécore, para el acto más grande de la semana. El cielo está gris y encapotado. En la parte más selvática del camino Evo bajó a orinar. Contó que hacía ese camino primero en bici, luego en el auto que le daba el sindicato y más tarde avión y helicóptero como presidente.

-Los primeros 6 meses después de volver del exilio me costaba mucho viajar en auto. Antes hacía hasta cinco actos en un mismo día, pero luego me fui acostumbrando. Antes organizaba desde el helicóptero ahora lo hago desde la movilidad.

Una camioneta con media docena de jovencitos frene para saludarlo y le hablan en quechua y español. Aprovecha para llamarlos torcidos y decirme torcido a mí en quechua: **witsu**.

En Nueva Tacopaya lo esperan firme en la cancha de fútbol una formación de sindicatos campesinos, alumnos y alumnas del pueblo y vecinos. Un estudiante de la Unidad Educativa Fidel Castro sale de la formación y recita al lado del escenario mirando al expresidente.

Quiero ser como tú,

Hombre honesto y leal,

Quisiera como tú,

Nacido en Oruro

Para sacar a este país del apuro

Cuando cambia a prosa pide una unidad educativa. Dice que no tienen aulas propias. Evo ya no tiene la lapicera para ordenar la construcción de aulas y escuelas. Cuando viene el aguacero, se aceleran los discursos y terminamos en un coliseo pequeño.

Cuando nos sentamos Evo me marca la triada que pintaron en la pared sin reparar, o sin advertir, que es una versión empeorada y hasta torcida de él. En una mesa para 12 personas tomamos, de primer plato, una sopa de pollo en la que el muslo del animal es musculoso por no tener ningún agregado de hormonas. El segundo, como se llama en Bolivia el principal, es un churrasco con arroz, yuca y ensalada. Una de las dirigentes interpela a los argentinos, a las instituciones argentinas, que decimos haber quedado llenos con la sopa.

-Pero es una buena res que hicimos matar para ustedes.

Los músicos de la banda empezaron a tomar a las 9 y para la hora del almuerzo algunos de ellos están doblados por la cerveza. Una de sus bailarinas sube a la tarima con evidente dificultad, invita a bailar a Evo de manera insistente. Tiene una pollera breve como de terciopelo, las piernas robustas y arreglos de metal en su boca en tonos del color del oro. No debe tener más de 25 años. Evo sale a bailar y acepta la invitación de una chica más discreta y que no parece afectada

por el alcohol. Comienza una disputa bajo el tinglado. Un baile que por momentos es de a tres y por momentos es de a dos. Desde la mesas con restos de animales muertos, gaseosas de dos litros y medios a medio terminar y las mandarinas de postre, vemos esa tensión sexual que no parece tener una resolución sencilla. Evo decide marcharse raudamente.

-Me he tenido que ir por tu culpa- me dirá horas más tarde.

Parada 5, Villa Tunari. Cuando volvió de su exilio en Argentina, Evo fijó como lugar de residencia Villa Tunari, un pueblo de unos tres mil habitantes en el corazón del Chapare. Pidió un crédito de 80 mil dólares para su casa y su emprendimiento de productor de tambaqui. Cobra su jubilación de presidente de unos tres mil dólares.

La flamante casa queda a una cuadra de la avenida principal, que es también la ruta que une Villa Tunari con las localidades más importantes del Chapare. Sobre una calle de tierra y a una cuadra de la más grande estación de gas y nafta construyó una casa de tres pisos. Un portón grande impide ver el interior desde afuera. El living tiene un televisor gigante, un sillón gris como para una docena de personas que reserva un lugar estelar para quien queda enfrente de la gran pantalla inteligente. Entre los pocos detalles que aluden a su presidencia resaltan los dos cuadros que colgaban en su primer despacho presidencial: el de las hojas estampadas de Evo y Ernesto Guevara. Una escalera amplia y holgada conduce a un segundo piso en el que está su dormitorio y, más arriba, en el tercer piso, funciona un gimnasio con cinco aparatos y un televisor empotrado en la pared. Ahí, cada día a las 4.30 hace tres mil abdominales. En su escritorio tiene dos bibliotecas frías de algarrobo con módulos con los libros que se escribieron sobre su vida y otras y un sillón azul francia extremadamente chillón. Desde su silla de oficina hace sus apariciones por *zoom*.

Esa noche **graba un discurso para una contra cumbre de las Américas que transcurría en Los Angeles.** Antes de que se encienda la cámara me pregunta cómo luce y se acomoda la chompa. Sin recibir casi feedback, dice que soy su asesor de imagen y futuro canciller.

Hacemos la sit down interview en la sala. Noah se suma con barbijo, ventanas abiertas y distancia prudente. Nadie se cuida del virus, nos explica Cinthia.

La entrevista tiene un gran comienzo con su relación con el ajedrez y luego hay un momento incómodo. Una pregunta, que nos han pedido de plataformas y productoras, es que explique por qué nos dió semejante acceso para la película. Contestó que no entiende la pregunta, se la repito o intento explicar mejor y no nos entendemos. Dice que él, en realidad, ha dado muchas entrevistas. Esa entrevista, la que se supone master y final, es menos lograda de lo esperado. Llego a una

conclusión: ya no puedo seguir entrevistándolo. Como si tantas y tantas entrevistas hubiesen agotando ese tipo de conversación. Cortamos al minuto 72.

Cuando anochece vamos a un restaurante de la avenida principal de Villa Tunari. Las gasolineras ya cerraron y los moto taxis tienen escasa demanda. Quedan abiertos y pegados uno a uno restaurantes de venta de pescado. En la mayoría despunta el tambaquí.

Vestido con un jogging de fútbol y una remera, Evo se sienta en el restaurante donde hay una sola mesa ocupada. Los tambaquis se hierven en una olla de aceite y se los sirve con un plátano frito y, en un plato separado, ensalada mixta de tomate y lechuga, yuca y arroz.

Evo empezó a hablar de los tambaquis en el peor de los mundos: estaba exiliado y confinado en la Argentina por la pandemia (salió sólo una vez de su casa en 8 meses) y en medio de la incertidumbre política y electoral de Bolivia. Se le aparecían, como oasis, esas piscinas de tambaquis a las que le dedicaría tiempo y esfuerzo.

Cuando se instaló en Villa Tunari, a fines de 2020, avanzó con la construcción de sus piscinas para esos peces. Más adelante planeó estrenar un restaurante en la misma calle donde estamos, pero los dueños de los restaurantes le advirtieron que lo bloquearían y desistió.

Mientras come lentamente su tambaquí, cuenta que está organizando un torneo de fútbol. Viajarán al Chapare juveniles de River, Boca, Gremio, la Católica y un equipo de EEUU cuyo nombre no recuerda. “Le vamos a poner guirnalda de coca a los gringos”. Pide una calculadora para afinar números.

-Estamos arriesgando porque pagamos los pasajes. Con las entradas tenemos que llegar a los 50 mil dólares. Sale 3.6 dólares por entrada ¿Cuántas entradas tenemos que vender?- pregunta.

- Puede vender la televisación, no-le dice Diego.

-Serás mi asesor-le dice Evo que no cesa en los ofrecimientos de cargos a futuro.

-Si ganamos dinero, compramos un bus para transportar a los jugadores.

Hace fondos blancos con un vino de Tarija que trajo Noah.

-Seco- dice, y toma el vaso entero.

Al rato cuenta que le arde el estómago.

Le pregunta a la dueña del restaurante vecino cuando hará sopa de pescado.

-Tienes la mirada triste, ¿qué pasa?- me pregunta y esa pregunta me sorprende porque no suele hacer esas preguntas.

Le digo que sólo estoy cansado.

-Pero si hemos vagueado bastante.

Pregunta por mi hijo, por el Camilo, por Valentín que va a nacer el mes que viene y si tengo más hijos.

Se acerca una chica muy joven de pollera, lleva en su aguayo un niño que se presenta como Gael. Vende maníes. Cuando reconoce a Evo llora desconsoladamente.

-Eres tú. No te había reconocido.

Llora en el pecho de Evo y Evo le da 10 bolivianos.

Atrás, una familia lo ha reconocido y lo mira con disgusto manifiesto.

Pasa la viuda de un militar. Le cuenta que él murió en un accidente hace cuatro meses. Le pide una foto con su hijo de 5 años.

-Para tu campaña a diputado -le dice Evo.

Es él quien está en campaña, en estado de reunión y organización permanente. Por momentos parece apurado por una elección presidencial para la que faltan tres años. Sus ex funcionarios más próximos intentan calmar esa ansiedad, pero los intentos, en general, son infructuosos.

Parada 6, villa 14 de septiembre. Cuando llegó con su padre al Chapare en 1980 pasó las primeras semanas mareado porque se alimentaba sólo a base de frutas, una exquisitez que no conocía en Orinoca. Aprendió el oficio de cultivar la tierra y la hoja de coca, entró al sindicato (su primer cargo fue secretario de Deporte) y presencié cómo los militares le prendieron fuego a un hombre para matarlo. Esto fue lo que lo decidió a involucrarse en la vida política. Su padre compró 10 hectáreas y él 8 en el mismo terreno.

Cuarenta años más tarde, en el mismo lugar donde despuntaban los cicales, excavadoras del sindicato trabajan en la construcción de piscinas de tambaqui. Son 10 y serán 17, y tiene 5 adicionales en otro terreno. En cada una de las piscinas viven unos 3.500 peces. Sólo en alimentos Evo gasta unos 6 mil dólares mensuales. Cuenta que a veces siembra de más, y ahora tiene la urgencia de vender el pescado. En los últimos años el tambaqui ha llegado a Cochabamba y la ciudad de La Paz. Evo quiere, también, colocarlo en Estados Unidos y convertirse en una suerte de canciller del pescado blanco y espinoso.

Cuando camina entre las enormes piscinas Evo descubre una huella y se inquieta. Los lagartos son los nuevos enemigos de su chaco: entran a comer tambaqui. “Hemos tenido que ajusticiar a 12”, dice un productor que nos acompaña y que pide no ser citado para no hacer enojar a los compañeros ambientalistas. Con Evo concluyen que las huellas son de venado.

No vimos a los tambaquis porque por el frío no salen a la superficie.

-Antes, acá en Chapare, los domingos se comía chicharrón. Ahora, puro tambaqui. En el Trópico comemos tanto pescado que nos salen escamas.

Con cuidado de no embarrar sus zapatos náuticos se mete a su cocal. “Erradicaron mi coca cuando era diputado. Los gringos no sabían erradicar: cortaban de tal manera el cocal que luego crecía mejor. Nosotros nos reíamos”. Su cocal ocupa un lugar marginal en un terreno que también produce yuca, arroz y cítricos.

Paramos a hablar a cámara.

- -¿Vas a ser candidato a presidente?- le pregunto.
- -Eso lo va a decir el pueblo.
- ¿Cuatro veces no era demasiado?-le pregunto
- No. Yo tengo mi opinión.
- ¿Pero no fue un error presentarse por cuarta vez?
- No....Preguntas como gringo.¹

Cortamos para ir al estadio de San Francisco a un pocos kilómetros.

Asistimos a los Juegos Deportivos estudiantiles de regional trópico de Cochabamba en el que juegan colegios secundarios. La mañana se termina de ir en este evento. De repente hay tiempo. Come mandarinas, luego le traen un plato de fideos, dos huevos duros y papa disecada. Noah acerca un álbum de fotos y le cuenta historias a los dirigentes. Hay una foto que está con machetazos en la espalda. “Fue por allá”, señala en dirección al oeste. Evoca que empezó su carrera sindical en el mismo lugar en el que estamos sentados. Su primer cargo fue secretario de Deportes.

-¿Y que hacías?-le pregunto

-Organizaba torneos. Como ahora que también organizo.

Un pollito camina por las gradas. Lo sube a su falda, lo mantiene en equilibrio, aún después del alarido de los simpatizantes del equipo que lo ponen en semifinales. Se acerca el entrenador del siguiente partido. Le quiere marcar lo bien que juega su hijo. Le piden más selfies. Tiene una bolsa de naranja. Le tira a quien le pida.

Al mediodía volvemos a su chacho, a la siembra de tambaqui. Esperan unas 20 personas. Hablo con Orlando Choque, uno de los ex coccaleros que integran el pool de 5

¹ VER TRANSCRIPCION

mil productores de tambaqui. Choque, que tiene borcegos símil caterpillar, jeans y remera gris, masca coca y explica que los productores pueden tener de 3 a 50 piscinas y que pagan un impuesto a la parcela. Dice que ningún cocalero ya se dedica exclusivamente a la hoja de coca.

-Lo que estamos buscando es crear la demanda y el Evo nos ayuda.

En una camioneta llega un tanque de transportación de alevines. Cada alevín sale 0.80 centavos de boliviano (11 centavos de dólar) y cuando se convierta en tambaqui, cuando pese 200 gramos, costará unos 22 o 23 bolivianos (algo más de tres dólares). Como si se tratara de una carrera espacial, los productores buscan acortar los 12 meses de producción a ocho que es el tiempo que tardan los tambaquis en Brasil.

-El costo de producción de cada tambaqui -dice Orlando a metros de Evo- es de 19 bolivianos para el productor. Se gana medio dólar por cada tambaqui vendido.

En el restaurante del Chapare se venderá medio tambaqui frito, con su carroza yuca y ensalada, a 35 bolivianos.

-El gran negocio es tener un restaurante - asegura Orlando.

Los alevines caen en baldes de cinco litros de agua. Una cadena humana de seis personas pasa los baldes hasta depositarlos en la pileta. El último se arremanga los pantalones para sumergir sus pies en las piletas de tierra. Evo quedó antepenúltimo. Durante un año esos peces recibirán dos comidas diarias, a las 6 de la mañana, y a las 6 de la tarde. El negocio, al que Evo intenta dedicarle dos ratos de dos días a la semana, es rentable. Pero tiene un riesgo: las inundaciones. Si esto llegara a pasar, Evo perdería toda su cosecha. Ha hecho que las piletas ganen en altura para prevenir esa catástrofe.

Los alevines entran en una mano. Son resbaladizos. Evo habla mal de los más rosados. Debe ser por razones varoniles, pero no queda claro.

-Tiene que intentar con el pacú- le sugiere una productora.

Evo muestra el trayecto de las piscinas a los piletones que conocerán los tambaquis. En la primera pileta se los recibe con hielo y agua para que mueran ahí. En la segunda etapa, se los faena, se les saca las vísceras y las partes y en la tercera pileta se los vuelve a poner en hielo para que los lleven a los puntos de venta. Son las piletas de despacho.

Entra en escena una autoridad estatal que presencia la siembra de tambaqui. Ronald Gutiérrez, del Servicio Nacional de Sanidad Agraria (SENASA). Le pregunta por qué nombre ponerle a la tierra del chaco que reúne las hectáreas de Evo y las de su padre. Entre temeroso y formal, toma una ficha y espera la respuesta con el lápiz ya sobre el papel:

-Tambaquí para la revolución- contesta Evo y vacila.

-Tambaquís revolucionarios- se corrige y pregunta: ¿Tengo tiempo de modificar?

El funcionario le pide que se tome su tiempo.

Evo se despide rodeado, esta vez, de unos 33 mil peces, algunos alevines, otros tambaquís, que yacen en el fondo de sus piletas. Derrocha su optimismo por lo bien que le irá con esa nueva cosecha.

-Si te he visto, no me acuerdo-me dice.